

PRÓLOGO

Todos tenemos nuestro desván del verano.

Ese desván es el lugar que teníamos olvidado. Al final de una escalera. En lo más alto o en lo más profundo. El espacio que permanecía abandonado y que un día, por azar o por capricho, recuperamos.

Una tarde de verano subimos unas escaleras y, de repente, nos encontramos con nuestro pasado. Allí reposa todo. En un arcón de madera, en unas cajas húmedas o apilado en estantes: lo que fuimos de niños, libros, cómics, juguetes. Lo que nos hizo soñar. Nuestras manos de adulto toman con cuidado los tesoros que van apareciendo. Los juguetes parecen más pequeños, pero su tacto es el mismo. Los olores, a pesar de la humedad, son los de siempre. Y las manos y el olfato nos trasladan a la infancia.

Son como piezas que se van ensamblando para formar el rompecabezas de lo que fuimos, de lo que somos ahora. Y, como una ola amable, acuden recuerdos de vacaciones, cuando el sol no se ponía nunca. Días de safaris en algún jardín, piratas en una playa bajo la mirada materna y esos castillos de arena lamidos por el vaivén las olas...

Dicen que el pasado no vuelve nunca. Es posible. O a lo mejor el pasado nunca se ha ido. Sólo duerme en un desván mientras nos espera a nosotros. Somos nosotros los que nos vamos, los que abandonamos esos recuerdos como se abandona un amigo fiel. Pero los tesoros permanecen ocultos, siempre lo hacen y sólo hay que subir al final de la escalera y regresar al desván.

Los tesoros nos aguardan. Son diferentes para cada uno. Un velero de madera, una pelota multicolor, unos tebeos pintarrajeados... Todos tenemos nuestro desván del verano.

Este es el mío.

Sed bienvenidos.